

terin iguales movimientos operaban el conde de San Roman por la Carrera de San Jerónimo, el general Solá por la calle de Carretas, y por la de la Montera el general Alvarez. Al aproximarse á Correos vióse detenida la columna que mandaba Llauder por las avanzadas que ocupaban las gradas del convento de San Felipe, edificio situado donde hoy lo están las casas que fueron del contratista don Santiago Cordero, y forman la isla entre las calles del Correo, de Esparteros y de Pontejos.

Bloqueado el edificio fortaleza de los sublevados, fuéles intimada por dos veces la rendición, dándoles á conocer el aislamiento en que se hallaban, y amenazándoles con que la artillería iba á romper el fuego sobre la casa de Correos; pero el intrépido Cardero no se dejó intimidar, conociendo que su salvación solo podía venirle de la duración del conflicto que diese lugar á defecciones de parte de la tropa del Gobierno, ó al pronunciamiento que con mayor fundamento podía esperar de parte de los urbanos.

En vista de la reiterada negativa de Cardero á rendirse, Llauder rompió las hostilidades haciendo dirigir disparos de cañon, que causaron menos daño á los sublevados guarecidos tras los muros de un fuerte edificio, que el que sufrieron las tropas situadas en la Carrera de San Jerónimo y calle de Alcalá, de cuyas resultas cesó el fuego de aquella artillería, que por otra parte hubiera bastado para apagar los disparos que partían de las gradas de San Felipe. Por esta doble causa y por la carencia de artillería de grueso calibre, según vinieron á informar á Llauder el director del arma y el de ingenieros, quedó frustrada la idea de reducir á cañonazos la improvisada fortaleza.

Teniendo que renunciar al empleo de la artillería gruesa, dirigióse personalmente Llauder á reconocer los puntos que las tropas ocupaban, á fin de disponer cómo habían de ser contestados los fuegos de los sitiados; pero antes de que el general tuviese tiempo para dictar ulteriores órdenes, fué llamado á palacio para asistir al Consejo de ministros que estaba reunido, y en el que se le dijo ser precisa su asistencia. El general don Joaquín Ezpeleta quedó encargado del mando de las tropas, pues no fué permitido á Llauder regresar á ponerse á su frente.

No tardó en renovarse el fuego, de cuyas resultas y viendo expuestos los destacamentos que había situado fuera del Principal, dispuso Cardero que se retirasen y mandando cerrar todas las puertas del edificio, continuó sosteniendo el fuego con energía. El 4.º batallón de la milicia urbana que estacionaba en la calle de Carretas, deponiendo su actitud agresiva, cesó en sus disparos y de sus filas salieron gritos de simpatía en favor de los sublevados. Siguióse entonces que acercándose los urbanos á las ventanas bajas de Correos, trabaron plática con los sitiados, á los que oído que hubieron que carecían de víveres y que se consideraban en situación comprometida por no haber sido secundados por la milicia y las tropas de la guarnición, cuya ayuda se les había hecho esperar, ofrecieron los milicianos llevarles de comer, demostración que dejaba ver claramente que nada tenían que temer de los urbanos los sublevados, y antes al contrario podían esperar que no tardarían en convertir su neutralidad en abierta alianza. El general Solá que mandaba parte de las fuerzas, se aproximó á una ventana de Correos y entró en conferencia con Cardero á cuya sagacidad no pudo ocultarse que en la crítica situación en que se encontraba tenía necesidad no menos de espera que de energía. Presentóse á poco un ayudante con señales de parlamento, ofreciendo indulto á los sublevados si se rendían, proposición que confirmando el juicio que ya tenía formado Cardero, lo hizo insistir en no deponer las armas si no se le ofrecían mejores condiciones. A efecto de poder obtenerlas se ofreció Solá á acudir al gobierno proponiendo que en el entre tanto se suspendiese el fuego, á lo que Cardero no tuvo dificultad en acceder.

Interin dicho general evacuaba su misión presentóse á la puerta de Correos el coronel Minuisir, y franqueada que le fué la entrada, aconsejó á Cardero que le confiase una breve exposición para el Estamento de Procuradores que se hallaba reunido, en la que manifestase las causas y objeto del pronun-

ciamiento y reclamase la intervención de la Asamblea ó cuando menos de una parte de la misma, paso que, dado en efecto, no encontró en los Procuradores la acogida ofrecida por Minuisir.

En el entre tanto había regresado el general Solá, anunciando que el Consejo de ministros indultaba á cuantos se hallaban en la casa de Correos, á condición de que franqueasen las puertas y entregasen las armas y municiones. No podía ocultarse á Cardero que iba ganando terreno é insistió en su altiva resolución de no ceder sino á condiciones que salvaran su decoro y la seguridad de los oficiales y tropa que se hallaba bajo sus órdenes.

A medida que iba trascurriendo el día se ponían mas de manifiesto las vacilaciones y la debilidad del gobierno sobradamente temeroso ya de que si se prolongaba aquel estado de cosas, la milicia urbana haría causa comun con los sublevados. Perseverando en su firme resolución de que su pabellón quedase bien puesto, propuso Cardero las siguientes condiciones que llevó al Consejo de ministros el duque de San Carlos, portador que acababa de ser de otro mensaje conciliador de palacio.

Exigia Cardero:

1.º Que se corriese un velo sobre los sucesos de que había sido actor.

2.º Que sus oficiales é individuos de clase conservasen sus respectivos empleos sin que se les pusiese nota alguna en sus hojas de servicio, ni se instruyese procedimiento de ninguna especie relativamente á su conducta.

3.º Que había de salir al frente de su regimiento con tambor batiente y bayoneta armada, hasta fuera de la población.

4.º Que allí se colocaría en el puesto que por su clase le correspondía y se pondría en marcha con sus compañeros para incorporarse al ejército del Norte, á combatir contra los enemigos de la libertad.

Grande debía ser y lo fué en efecto la humillación del gobierno al recibir semejantes propuestas de capitulación. Pero amedrentado ante la mas que probable perspectiva de un pronunciamiento general de la milicia urbana y de la dudosa fidelidad de algunos de los cuerpos de la guarnición; privado de la cooperación de un general de prestigio y desconfiado además de Llauder, de cuyos servicios se privó el gobierno en los momentos mas críticos; receloso tambien de que no hallaría en los Estamentos toda la asistencia que las circunstancias requerían, dobló la cabeza y cedió á la fuerza aceptando todas las condiciones del jefe de la sublevación.

Publicado que fué con toda solemnidad lo estipulado entre el gobierno y los que habiendo empezado por ser rebeldes acababan siendo vencedores, mandó Cardero poner en libertad á los que había hecho detener, y restituir á la guardia del Principal las armas de que la había privado; á través en seguida al frente de su batallón la Puerta del Sol, subiendo por las calles de la Montera y de Puencarral, saludado por entusiastas aclamaciones.

En la noche que siguió á aquel memorable día y á hora ya bastante adelantada, pudieron ver los transeúntes salir por la puerta trasera del edificio de Correos, un ataud llevado en hombros de cuatro soldados, que lenta y silenciosamente conducían á la parroquia los restos mortales del Capitán general, víctima del cumplimiento de su deber y cuyo entierro clandestino fué la mayor vergüenza que sobre la frente del gobierno estampase la memoria de tan triste día.

Abiertas las sesiones de ambos Estamentos, al siguiente día dióse en ellas un espectáculo que nada tuvo de edificante. Amplio campo tenía sin duda la oposición para haber atacado al gobierno por sus divisiones interiores, por su falta de previsión y por su debilidad. Pero sin nervio ni energía aquella representación nacional vergonzante y que tambien carecía de facultades, según los artículos del Estatuto, para plantear una acusación contra el ministerio y provocar su caída, los amigos del gobierno cuyo deber era el prestarle apoyo, si no creían preferible unirse á la oposición para combatirlo, le dirigieron en el Estamento de Próceres por el autorizado órgano del señor duque de Gor, la acusación de que había transigido con los rebeldes. Otra cosa mas censurable aun ocurrió en el de Procuradores. Tomaron en él la palabra individuos

que habiendo estado en evidente connivencia con los sublevados, acriminaron en los términos mas duros, aunque sin nombrarlo, á Cardero, al acto de rebelion que barrenaba la disciplina del ejército, no escrupulizando en vituperar para volverlos contra los ministros, los mismos actos que eran resultado de la trama á la que habían participado los acusadores.

En el mismo Estamento, se elevaron reclamaciones destituidas de todo fundamento, sobre que se estaba negociando un matrimonio entre la Reina y el primogénito de D. Carlos.

«Después de la prolongación que experimenta la guerra del Norte, decía el señor García Carrasco, guerra que tanta sangre nos cuesta, ¡qué extraño puede ser que por medio de negociaciones diplomáticas se trate de protocolizarnos como se ha hecho con Bélgica y con Grecia!»

La intervención extranjera en apoyo de la causa de la Reina, era en aquella época el *bú* con que la opinión avanzada quería impopularizar al gobierno, intervención que mas tarde, aunque encubierta con la capa de cuerpos auxiliares, reclamó y obtuvo Mendizábal de los gabinetes signatarios de la cuádruple alianza.

Como la guerra era en aquel tiempo la principal, casi la única preocupación que embargaba los ánimos, sirviendo sus vicisitudes de medios de ataque y defensa entre los ministros y sus adversarios, los últimos hacían su favorita arma de combate de la exageración de los triunfos de los carlistas así como de la insuficiencia de fuerza de que se lamentaban los generales de la Reina. Mandaba Mina en jefe el ejército de operaciones y tanto por la procedencia de dicho general, como por sus íntimas relaciones con los que fueron sus compañeros de emigración y eran ahora los arietes que á golpes redobladamente derruían la existencia del ministerio, encumbraban los Procuradores opositoristas los sobresalientes méritos y pericia militar del general su aliado, para persuadir que Mina daría por concluida la guerra haciendo inútil la impopular intervención extranjera, con tal que al caudillo liberal se le diesen soldados y recursos en abundancia. De cómo juzgaba Mina sobre cuál era su verdadera posición en el Norte, ha podido dar suficiente idea lo que anteriormente queda trascrito, entresacado de las comunicaciones entre el general y el gobierno.

No podían los ministros sustraerse á la presión á que los sujetaba un debate que no podían rehusar y en el que tan escasos y débiles eran sus medios de defensa. El principal acusado, Llauder, cuyas facultades oratorias eran muy inferiores á la necesidad en que se hallaba de defenderse con claridad, fué el ministro objeto de los ataques mas vivos, acabando de perder en aquella discusión, para él tan deplorable, la fuerza moral que como soldado podía quedarle.

Muy superior al ministerio en oradores, tuvo la oposición por campeones en aquel célebre debate á Trueba, á Palarea, á Alcalá Galiano, al elocuentísimo y vehemente don Joaquín María Lopez, á don Antonio Gonzalez, á don Fermin Caballero, y al que en su época había sido apellidado el *divino* Argüelles. Contra esta falange de adversarios, no sería equitativo negar á los dos *leaders* del gabinete y de la mayoría, á Martínez de la Rosa y á Toreno, que se mostraron á la altura de las dificultades de su situación, en todos conceptos desventajosa, menos en las dotes de inteligencia y destreza parlamentaria en que ambos eran tan idóneos maestros.

Mas comprometido Llauder que lo estaban sus demás compañeros, tanto por lo que había hecho como por lo que había dejado de hacer en el corto tiempo que desempeñó el ministerio de la Guerra, presentó su dimisión, la que con apresuramiento aceptó el gabinete, al par que la Reina Gobernadora, recelosa de perder uno mas entre los generales que habían servido á su difunto esposo, exigió que Llauder volviese á la capitanía general de Cataluña, al mismo tiempo que lo agradecía con la llave de gentil-hombre de la Reina Isabel, «para darle, decía el decreto que se la confería, una prueba de lo que S. M. apreciaba los servicios y la lealtad con que defendía el trono de su querida hija.»

Para tener cabal conocimiento de cuánto perdió el gobierno de resultas de los sucesos del 18 de enero, bastará dejar

consignado que después de haber capitulado con Cardero en los términos antes expresados, lo desterró y separó del servicio, al mismo tiempo que mandaba formar causa á los perpetradores del suceso.

Algunos días después de admitida la dimisión de Llauder, presentó la suya Moscoso de Altamira, coincidiendo con esta la de Garely, siendo reemplazado este por don Juan de la Dehesa, magistrado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, dándose la cartera de Fomento, que todavía conservaba el nombre de ministerio del Interior, á don Diego Medrano, Vicepresidente del Estamento de Procuradores, y la de la Guerra, que interinamente venía desempeñando Martínez de la Rosa, confirióse al general don Jerónimo Valdés.

CAPITULO II

Campaña de Mina en el Norte

Juicio sobre el generalato de Mina.—Operaciones en el Norte anteriores al segundo mando del general Valdés.

Tiempo es de ocuparnos nuevamente de las cosas de la guerra, cuyo relato ha interrumpido la gravedad de los sucesos de que acabamos de dar cuenta. En adelante y hasta que se verificó su caída, el ministerio Martínez de la Rosa se fué debilitando, estrellándose primero contra los desdenes de la diplomacia y seguidamente por efecto de la completa repulsa que su marcha encontró por parte de la opinión avanzada, la que acabó por desplegar abiertamente bandera de guerra contra el Estatuto y sus hombres.

En el mes de enero menudearon los encuentros entre los beligerantes del Norte, combates en que las dudosas ventajas obtenidas sea por una ú otra parte, no conducían á resultados de otra importancia que la de afanarse los liberales por dominar unas provincias en las que todos los días iban perdiendo terreno, no logrando ocupar con seguridad otro que el que pisaban sus soldados y los puntos guarnecidos, que con gran dificultad conservaba el ejército de la Reina, al paso que Zumalacárregui se movía con desembaraz por todo el país Vascongado y por Navarra, de cuyos habitantes y recursos disponía tan plenamente, como en la Edad media pudiera hacerlo un señor feudal, con solo la notable diferencia de que aquellos dominaban por el terror y la fuerza y el caudillo carlista reinaba en el corazón de sus paisanos.

El ejército liberal se batía con denuedo y hasta con entusiasmo, pero experimentaba bajas no compensadas por la mejora de su situación militar.

Por el contrario Zumalacárregui engrosaba sus batallones y había hecho soldados disciplinados y temibles de un pueblo que, aunque enérgico y valiente, nunca mostró afición á la profesión de las armas.

Las acciones de Olandieta y Ormáiztegui libradas el 2 y el 3 de enero, la de Venta de Rivero en 2 del mismo mes y la de Orbizu que tuvo lugar el día 20, se redujeron con pérdidas sensibles de una y otra parte, á lides parciales que dejaban á los dos ejércitos en el mismo estado en que se hallaban antes de venir á las manos.

En medio de la actividad y pericia con que Zumalacárregui había logrado improvisar un ejército que en breve, como se ha visto, pudo medirse en campo raso con las disciplinadas tropas de la Reina, carecía de oficiales de prestigio, y sabedor de que se hallaban en Inglaterra distinguidos jefes de la antigua Guardia Real, que desde Portugal habían acompañado á don Carlos, dispúsose por la princesa de Beira fletar una goleta que los condujese á las costas cantábricas, buque cuyo carguío consistía en abundantes pertrechos de guerra. Llevaba á su bordo seiscientos barriles de pólvora, doscientos cuarenta y siete galápagos de plomo, una imprenta y una devota bandera de la Virgen de los Dolores, bordada por la Princesa y por sus damas. Pero antes de desembarcar en playas españolas, la goleta *Nueva María* fué apresada por el vapor *Reina Gobernadora*. La circunstancia de navegar bajo pabellón inglés evitó á los capturados sufrir la dura suerte que entonces cabía á los prisioneros, habiendo sido los capturados restituidos á la libertad, imponiéndoles empero la condición de volver á

tierra extranjera. Entre aquellos prisioneros se hallaban Urbistondo, Cisneros, Montegut, Mariátegui, Eguía (don Leandro), Curten (don Fernando), Fulgoso, don Manuel Toledo, Leiva y otros oficiales que habían pertenecido á la Guardia Real.

En medio del no interrumpido encuentro que tenia lugar entre las columnas de uno y otro bando, los cristinos no podían detenerse en otros puntos que en los que se hallaban competentemente guarnecidos, al paso que la ambulante corte de don Carlos cruzaba libremente todo el territorio vascongado, trasladándose de un punto á otro, escoltada las mas veces por Gomez ó Villareal, sin que las guarniciones de los fuertes de Viana, Los Arcos, Estella, Olazagoitia, Salvatierra, Maestu, La Guardia y Logroño, se aventuraran á hacer salidas á impulso del aliciente de apoderarse de la persona del Pretendiente.

Bloqueadas las guarniciones ó expuestas á frecuentes ataques del enemigo, faltaba tiempo y tambien soldados, para atender á los diferentes puntos amenazados. Acababa de levantarse el sitio de Maestu á consecuencia de la aproximacion de Lorenzo, cuando las facciones de la costa se presentaron delante de Lequeitio, en cuyo auxilio envió una columna el gobernador de San Sebastián, y pocos días despues asaltaba Ibarrola la plaza de Orduña que defendió bizarramente su gobernador don Francisco Linage; pero ni este ni otros contratiempos que experimentaron los carlistas entibiaba su ardor ni menos ponía tregua á su perseverancia en hostilizar constantemente á los liberales.

Sitiaban aquellos á Elizondo, y esperaban reducir su fuerte en cuanto recibiesen los refuerzos que esperaban, de lo que noticioso Mina dispuso que una brigada de la division Oraá mandada por el coronel Ocaña se adelantase en direccion de Elizondo, interin el resto de la division se reunía á aquella por distinto camino, convergiendo ambos al punto amenazado. Como hábil estratégico determinó Zumalacárregui aprovechar el fraccionamiento de la division Oraá para atacarla con ventaja, pensamiento que puso por obra disponiendo que Sagastibelza se interpusiese entre las dos brigadas, movimiento que este llevó á cabo cayendo sobre la fuerza mandada por Oraá á la que obligó á retroceder hasta Pamplona. Revuélvese entonces el jefe carlista contra la brigada Ocaña y siendo en aquel momento reforzado Zumalacárregui por tres batallones navarros, salió al encuentro de Ocaña en el puerto de Belate donde el bizarro jefe cristino resistió la embestida de superiores fuerzas, logrando sin grandes pérdidas replegarse sobre Ciga. Reducido á defenderse en este punto, Ocaña sacó todo el partido posible de los edificios á cuyo abrigo habia logrado guarecerse, y desesperando Sagastibelza de rendir al sitiado, dió parte á Zumalacárregui reclamándole refuerzos. Despreciando este un fuerte temporal que dificultaba su marcha, penetró en el Baztan con dos batallones y algunas piezas de artillería, dejando en observacion del general Lorenzo una fuerte columna que confió á don Juan Antonio Zaratiegui y á don Joaquin Elío, dos de sus mas predilectos jefes.

Durante tres días se habia defendido Ocaña en Ciga ocasionando sensibles pérdidas á su enemigo, cuando dió vista al pueblo Zumalacárregui al frente de los refuerzos que conducía. Pero el temporal lejós de calmarse se habia encrudecido, y noticioso además aquel de que Mina habia salido de Pamplona el día antes con una fuerte columna en auxilio de Ocaña, dispuso levantar precipitadamente el cerco para buscar posiciones en las que pudiese la lucha serle menos desventajosa.

Satisfecho del éxito de su acertado movimiento, resolvió Mina seguir su marcha en direccion de Elizondo, que continuaba estrechamente bloqueada y cuya resistencia no podia prolongarse. Expidió el general las órdenes convenientes para que viniesen á reunirse las diferentes columnas que operaban en el territorio de su mando, y despreciando el duro temporal que no cesaba y lo impracticable de los caminos, continuó su iniciado movimiento al frente de ocho batallones.

Al acercarse al pueblo de Doña María, encontró Mina resistencia de parte de algunos batallones navarros que no pudieron sin embargo contrarrestar el ímpetu de los soldados

de la Reina, y enardecido Mina por el calor de la lucha, mandó fusilar los prisioneros que habia hecho y entregar á las llamas las fábricas y los almacenes que en aquel punto tenian establecidos los carlistas.

Como el pensamiento dominante del general cristino, era el de arrojar á Zumalacárregui y sus batallones del otro lado del Ebro, daba suma importancia á la conservacion de los puntos fortificados, y todas sus operaciones venian á reducirse á acudir de uno á otro á fin de oponerse á la toma por el enemigo de los pueblos en que tenia guarniciones el ejército de la Reina.

Segun la opinion de Mina, fuera de su propio país, los vascongados y navarros no serian lo que estaban siendo. Solo al abrigo de sus montañas, confiados en las seguras guaridas que estas les ofrecian, y en la facilidad de aprovisionarse en ellas, consistia en sentir del general la buena organizacion que Zumalacárregui habia conseguido implantar en sus voluntarios. Hallábase persuadido Mina de que una vez que hubiesen pasado los carlistas el Ebro, teniendo que hacer marchas y sostener combates en las llanuras, los navarros habrian abandonado las banderas del Pretendiente con el ansia de volver á sus hogares; y hasta estaba persuadido de que á esto se seguiria la probabilidad de que aquellos se alistasen al servicio de la Reina.

Por el contrario, nada temia tanto el gobierno como que los carlistas penetrasen en Castilla. Se sentía débil, conocia las exigencias de la opinion, respecto á que se obtuviesen ventajas en la guerra y no cesaba de recomendar al general en jefe y á los capitanes generales de Aragon y Castilla la Vieja, dedicasen todas sus fuerzas disponibles á guardar los pasos del gran rio.

Semejante contraposicion de miras no podia dejar de perjudicar á los planes de campaña del general en jefe que no cesaba de pedir los refuerzos de que realmente necesitaba, no solo para conservar sus puntos estratégicos, sino tambien para contener á un enemigo que no dejaba á sus columnas un instante de reposo. Muy pocos se hacian cargo de la situacion en que Mina se encontraba. Sus amigos políticos de Madrid no cesaban de escribirle que á todo trance ganase triunfos, de los que tanto necesitaban ellos mismos, para hacerse una arma contra el gabinete, al que al mismo tiempo pedian los medios de alcanzar los triunfos que debian servir para combatirlo.

Pocos días antes de ponerse en marcha para el Baztan recibió el general en Pamplona una carta de Zumalacárregui en la que con cortesía, templanza y sobra de razon, se lamentaba de que durante el mando del conde Armildez de Toledo, hubiesen sido aprisionados en Villalba una hija suya de edad de quince meses y la nodriza á cuyo cuidado se hallaba, siendo ambas conducidas á la inclusa de Pamplona donde se las retenia en arresto. Pedía Zumalacárregui la libertad de ambas, no como gracia, sino como un acto de pura humanidad, prefiriendo, decia, diese muerte á su hija á que continuase en vergonzoso cautiverio.

Mina, que ignoraba completamente el hecho denunciado por su contrario, se condujo con nobleza y sin vacilar restituyó la nodriza y la niña en manos del pariente que de parte de Zumalacárregui vino á hacerse cargo de ambas.

El 12 de febrero púsose en marcha el general en jefe para el Baztan, habiéndole cabido la desgracia de experimentar un temporal tan deshecho que costó tantos soldados como los que hubiesen podido perderse en una batalla. Estropeada y con trabajo llegó la columna á Elizondo, donde se detuvo hasta el día 20. Penosa y apurada era á todas luces la situacion en que se hallaba Mina, reducido con escasas fuerzas á tener continuamente que atravesar un país escabroso y dominado por el enemigo, si como era su principal afán queria conservar los pueblos fortificados.

En su cuidado por aprovisionarlos, por acudir de uno á otro para hacer levantar el sitio puesto por el enemigo, la operacion de hoy, aunque tuviese éxito, tenia que ser repetida el día de mañana, en razon á la continua necesidad de custodiar los convoyes y de mudar las guarniciones; guerra impotente y sin resultados tangibles para la causa de la Reina, pero que

era cada día mas provechosa para el caudillo de los vascongados.

En una de sus expediciones al Baztan, para socorrer á Elizondo, tuvo lugar la reñidísima accion de Larraizar, provocada por Zumalacárregui, quien salió al encuentro de Mina. Habia tomado aquel con tanto acierto sus disposiciones que vióse envuelto y cortado el general de la Reina, el que para encontrar salida recurrió al ardid de hacer llegar á manos del coronel Elío (quien de las filas de la Guardia Real acababa de pasarse á don Carlos, y mandaba aquel día un cuerpo confiable por Zumalacárregui), una fingida órden de su general, en la que le prescribia un movimiento que dejaba libre el paso por donde Mina debia escapar; merced á cuya estratagemata pudo seguir este su marcha y llegar á Elizondo, habiendo experimentado una pérdida de sobre trescientos hombres. Durante lo recio de la pelea fué Mina ligeramente herido, ó por mejor decir, contuso por una bala que ya habia perdido su fuerza, y que se embotó en los pliegues de su abrigo.

En aquella marcha se verificó un suceso grandemente criticado por los adversarios de Mina y calurosamente defendido por sus amigos. Los habitantes de Escaroz, pueblo cercano á Elizondo, pasaban por acérrimos partidarios de Zumalacárregui, y lo eran hasta el punto de hallarse Mina persuadido de que entre ellos moraban los delatores de cinco confidentes que en concepto de tales habian fusilado los carlistas, y como al mismo tiempo que inutilizaban el servicio de espionaje tan necesario para Mina, los de Escaroz eran los confidentes favoritos de Zumalacárregui, aquel, que nada tenia de indulgente, resolvió hacer un escarmiento disponiendo que fueran diez y siete sacaron cédula de muerte de aquella sangrienta lotería, solo dos perdieron la vida siendo los demás perdonados.

En aquel mismo pueblo mandó Mina incendiar la ferrería de Goicoechea, vecino de Pamplona, hombre de opiniones liberales, pero en cuyo establecimiento se habian fundido dos cañones para don Carlos. Por aquel tiempo preocupaba sobremanera á los defensores de la Reina el descubrimiento del sitio donde el enemigo tenia enterradas dos piezas de artillería, y no poca parte de la cólera de Mina fué motivada por la creencia de que los de Escaroz eran guardadores del secreto que se negaban á revelar, sospecha que no tenia fundamento, habiendo sido hallados, por las diligencias de patriotas del país, dos morteros y un obus de que se apoderó Mina llevándose los á Pamplona.

Con la actividad que le era habitual aprovechó el jefe carlista la marcha de su contrario al Baztan y su detencion en Elizondo para atacar á Los Arcos, importante posicion que hacia tiempo ambicionaba. Como llevaba artillería hizo uso de ella durante el día, y por la noche mandó hacinar combustibles en derredor del hospital, donde se habia hecho fuerte la guarnicion, medida que tenia por objeto incendiar el edificio á la mañana siguiente, conflicto que no esperaron los sitiados, los que aprovechando la oscuridad de la noche evacuaron el fuerte. Apercibido de ello Zumalacárregui destacó caballería en su seguimiento, la que logró hacer prisioneros á algunos rezagados, y entre ellos tres oficiales, á los que no hizo gracia el vencedor, quien inexorablemente dispuso fuesen pasados por las armas, influido para este acto de crueldad por la idea de imponer á los soldados prisioneros, cuya mayoría prestó juramento á don Carlos.

Avisado sin tardanza este príncipe, que se hallaba no muy distante, apresuróse á presentarse en Los Arcos, donde fué recibido con toda la ostentacion y demostraciones de regocijo que eran de esperar de los carlistas entusiasmados y de los liberales temerosos del castigo. No fué cruel Zumalacárregui con los heridos que halló en el hospital en número de doscientos, pero entraba por mucho en su lenidad la no frustrada esperanza de hacer reclutas, pues la mayoría de los prisioneros se alistaron en las banderas del Pretendiente.

Hallándose Zumalacárregui en Cirauqui pasó el general Carrera en comunicacion con Gurrea y don Narciso Lopez, concertando con ellos dar un ataque al temido caudillo navarro. Pero prevenido cuanto vigilante, salió este al encuentro de Carrera en las inmediaciones de Larraga, trabó con él un

empeñado combate en el que las ventajas estaban ya de su parte, cuando en el momento decisivo, en el que creia Zumalacárregui contar con la victoria, llegaron Lopez y Gurrea y se la arrancaron de las manos, compeliéndole á una retirada, que emprendió con órden pero con despecho.

Queda antes dicho cuánta era la importancia que Mina daba á la ocupacion del extenso y férax valle del Baztan. La situacion de aquel territorio fronterizo de Francia, era de un doble precio para el general de la Reina, pues su posesion facilitaba los víveres y municiones que podian llegar por el Pirineo, y lo que mas valia, impedir que los recibiese el enemigo. Otra consideracion de mas peso encarecia para Mina la ocupacion del Baztan. La mitad de su poblacion simpatizaba con la causa de la Reina, siendo la otra mitad partidaria de don Carlos; y como tanto Mina como Zumalacárregui aspiraban á dominar la comarca á fin de utilizar su posicion y sus recursos en beneficio de sus respectivos planes, era circunstancia capital para ambos que la parte de la poblacion que contaban por amiga imperase, á fin de que por intereses de localidad arrastrase á sus convecinos de opinion contraria.

A efecto de asegurar la codiciada posesion del valle, dispuso Mina un plan de operaciones y una serie de medidas encaminadas á cerrar al enemigo las comunicaciones con Francia, é impedir que tuviese aduanas colindantes, á reclutar y armar voluntarios en el país; por lo que recomendaba muy especialmente á sus subordinados, que con prontitud castigasen los paisanos que directa ó indirectamente favoreciesen los planes del enemigo. Deseoso de atraer á los naturales del valle, pero dudoso de poder conseguirlo, se reservaba Mina emplear el terror á fin de acabar de compelerlos.

Por estos medios y fortificado Santisteban y el puente de Oyeraqui, que liga esta última poblacion con Elizondo, esperaba poder dominar la codiciada posicion. Tuvo, sin embargo, el disgusto, á la raíz de aquellas bien meditadas disposiciones, de recibir la desagradable noticia de que el general don Narciso Lopez, que al frente de una numerosa caballería estaba encargado de guardar la Ribera, habia dejado que los carlistas quemasen el fuerte de Lodosa y se apoderasen de los víveres y efectos militares que contenia; disgusto al que se añadió el de que Zumalacárregui fusilase cinco habitantes del valle, confidentes de Mina, que tanto necesitaba la clase de servicios que le prestaban.

El activo general de don Carlos aprovechó la estancia en el Baztan del general de la Reina para atacar á un mismo tiempo á Echarri-Aranaz y á Olazagoitia. Sabedor de ello Mina, partió inmediatamente de Elizondo para Pamplona, desde donde dispuso que Aldama acudiese en auxilio del último de dichos puntos, el que en efecto llegó á tiempo para impedir fuese tomado por el enemigo, ventaja cuyo precio disminuyó el hecho de hallar sus fortificaciones demolidas por la artillería enemiga y que acrecentaba mas todavía lo poco importante que hacia la posesion de Olazagoitia, la pérdida de Echarri-Aranaz, punto del que en el entre tanto se habian apoderado los carlistas, con cuyo motivo determinó Mina abandonar á Olazagoitia, evacuando el material que encerraba.

La toma de Echarri-Aranaz se verificó el 20 de marzo, despues de una resistencia de cinco días y del empleo por los carlistas de minas y de haber abierto brecha, procedimientos de que pudieron usar merced á la cooperacion facultativa que vino á prestarles el jefe de artillería Reina, desertor de las filas de los defensores de doña Isabel.

Otra circunstancia muy notable caracterizó aquel hecho de armas. Despues de haberse defendido valerosamente durante cinco días, decayeron de ánimo los soldados de la guarnicion, los que al ver la brecha abierta en vez de defenderla, se salieron por ella entregándose al enemigo y lo que fué peor aun, se alistaron en sus banderas. Entre aquellos desertores halló Zumalacárregui los primeros artilleros adiestrados que tuvo á su servicio.

Mucha importancia daba tambien Mina á la formacion de guerrillas compuestas de hijos del país, que ansí reclutar entre los mozos de las familias liberales, pero á excepcion de Jáuregui (el Pastor) y de Leon Iriarte, no encontró el caudillo